

CONCLUSIÓN

EL DEBATE SOBRE LA MUNDIALIZACIÓN*

Samir Amin

Los textos reunidos en el presente volumen fueron elaborados como conclusión de los debates sobre la realidad y las perspectivas de la mundialización, organizados por el Foro del Tercer Mundo (FTM; Dakar). Los autores participaron junto con muchos otros en estas discusiones, sobre las cuales el Foro produjo ya un informe.¹ A manera de conclusión para este volumen, quizás sean de utilidad algunos señalamientos sobre los problemas abordados en dichos debates.

Desde luego, estos problemas se referían por un lado a las tendencias y las características permanentes y/o nuevas de la mundialización, y por otro a las singularidades de la dialéctica de lo general (mundo) y lo particular (países y regiones de referencia).

I

Existen sin duda puntos de anclaje comunes a todos los autores de esta obra, e incluso a la mayoría de quienes participaron en las discusiones más amplias, organizadas alrededor de los temas tratados aquí.

* Traducción de Marcos Cueva Perus, IIS/UNAM.

1. «Compte rendu» (informe) (mimeo.), Dakar, FTM, 1990-1991.

Todos nos situamos en una perspectiva globalista que hace de la polarización (del contraste entre centros y periferias) un rasgo inmanente a la expansión mundializada del capitalismo. Queda claro sin embargo que sobre muchas cuestiones nos separan puntos de vista diferentes, o en todo caso que éstas constituyen para unos y otros problemas a los cuales no se han dado respuestas convincentes.

1) ¿Cómo se pueden definir la «mundialización» y la «polarización» que la acompaña? ¿Donde debe ponerse el acento? ¿En la formación de un mercado mundial de bienes y capitales? ¿En el carácter universal de las tecnologías competitivas? ¿En la progresión hacia la constitución de un sistema productivo mundial? ¿En la creación de estructuras globales de financiamiento que captan el ahorro y aseguran su redistribución a escala mundial? ¿En el aspecto cultural de la universalización? La lista de puntos de vista a partir de los cuales se puede mirar el fenómeno de la mundialización no tiene fin.

Se han producido desde luego teorías generales que apuntan a dar cuenta de dicha polarización: la teoría (leninista) del imperialismo, la o las teorías formuladas en el marco de la visión del «sistema mundo» («economía-mundo»), y otras.² Sobre estas cuestiones, cada uno tiene su punto de vista particular, muy crítico a veces, pero todos, creo yo, concuerdan en que las respuestas de estas escuelas siguen siendo insuficientes.

2) ¿Es o no estable la mundialización? O en otros términos, ¿produce estabilidad, o agrava por el contrario la inestabilidad? Las respuestas —diversas— a estas preguntas generales se articulan a partir de los análisis —diversos también— de la dialéctica de los factores mundiales y los factores internos propios a cada sociedad.

El punto común a las diversas respuestas está en que todos consideramos que el análisis no puede llevarse a cabo en el terreno exclusivo de la economía. La articulación economía/política es decisiva. A título de ejemplo: ¿no es acaso evidente que aspectos decisivos de la economía europea integrada

2. Samir Amin, «Capitalisme et système-monde», *Sociologies et Sociétés*, otoño 1992, Montreal.

dependerán del tipo de poder supranacional del que (a lo mejor) se dote Europa?

Un segundo punto común atraviesa todas las respuestas a la pregunta anterior: en la periferia del sistema, la polarización produce más inestabilidad que estabilidad, como lo atestiguan las dificultades para un funcionamiento democrático de las sociedades y del poder. Pero aquí también las teorías que se proponen dar cuenta de este hecho son diversas. Unas, como el neoweberianismo, hacen énfasis en la herencia cultural premoderna; otras, en las contradicciones producidas por el sistema moderno. Por lo demás, existen evidentes excepciones —es decir, fases de estabilidad en la expansión de ciertas periferias— que merecen una atención particular e impiden la generalización vaga y amplia, sin matices. La mundialización acentúa la diferenciación entre las propias periferias. Hay ganadores y perdedores. ¿No fue por ejemplo la competencia entre los Estados Unidos y el Japón un elemento favorable que contribuyó a abrirle paso a Corea?

El argumento es producido y reproducido sin cesar por todos aquellos que adoptan una visión por etapas, según la cual las periferias pueden superar el atraso, que de ellas depende, y que la mundialización les ofrece una oportunidad para ello. Nuestra visión compartida muestra que se trata de una esperanza vana, y que la polarización, aunque sea diferenciada, sigue siendo un rasgo intrínseco al capitalismo mundial. Por mi parte, lo explico poniendo el acento sobre el hecho de que el mercado mundial está truncado, ya que excluye el trabajo de la globalización.

Así, más allá de las respuestas generales, hay respuestas concretas particulares para las situaciones concretas de los diferentes socios del sistema mundial. La mundialización asegura la estabilidad del sistema acentuando aquí ciertas contradicciones, incluso hasta volverlo explosivo, y atenuándolas allá. Por mi parte, he adelantado en este terreno dos tesis complementarias. La primera afirma la necesidad de distinguir entre dos tipos de periferias. Las periferias tipo Tercer Mundo de mañana, a corto y mediano plazos ganadoras de la expansión mundial, son relativamente estables, aunque no siempre capaces de fundar su estabilidad en la democracia. Entre las periferias tipo Cuarto Mundo —las perdedoras— predominan en cambio los factores de inestabilidad, que se expresan a menu-

RESPUESTA
M. A. G. 1979
12/1/79

do en el *impasse* político. La segunda tesis se refiere al sistema global tomado en su conjunto, modulado por los conflictos inter-centros (y la famosa cuestión de la hegemonía, económica y/o político-militar, hoy en día la de los Estados Unidos), y por sus posibilidades diversas de desarrollo. A este respecto, he adelantado que en el corto y mediano plazos, nuestro mundo se caracterizará más por el caos que por el orden, por oposición a la fase —ahora clausurada— de la posguerra (1945-1990), que fue bastante estable, y permitió así el despegue (muy desigual) de las naciones del Tercer Mundo.³

3) ¿Está la mundialización entrando en una nueva fase?

Todos estamos de acuerdo en que la mundialización no es una novedad de la historia, puesto que desde hace cinco siglos caracteriza a la modernidad. Pero estamos también de acuerdo en que la mundialización debe ser periodizada. Ahora bien, para unos y otros los criterios de esta periodización no son siempre los mismos. Un debate permanente, rico y fecundo alimenta nuestras discusiones sobre la historia del capitalismo realmente existente.

Tal parece que para despejar los rasgos cualitativamente nuevos de la mundialización, la mayoría de nosotros otorga una importancia particular al hecho de que un sistema productivo mundializado está tomando el lugar de los sistemas productivos nacionales autocentrados hasta aquí dominantes. La evolución en esta dirección se ha acelerado al punto que los conflictos inter-centros ya no son de la misma naturaleza que los antiguos conflictos inter-imperialismos hasta la Segunda Guerra Mundial. La dicotomía entre una economía transnacionalizada integrada (por lo menos a nivel de los centros) y la política (que sigue siendo ampliamente nacional) es una característica nueva del sistema. Trae a su vez un conjunto de problemas nuevos de diversa índole: ideológicos y culturales, de gestión política, de geoestrategia. Al mismo tiempo, el surgimiento de un sistema productivo mundializado remodela a las periferias sobre la base de nuevas diferenciaciones. ¿Están los NIC, como se les llama —es decir las nuevas periferias industrializadas y competitivas— integrados en esta evolución?

3. Samir Amin, *L'empire du chaos, la nouvelle mondialisation capitaliste*, L'Harmattan, París, 1991.

¿Lo están al punto de hallarse en el camino de cubrir la brecha del atraso, es decir, de convertirse a su vez en centros? Aquí, los puntos de vista están matizados. Por mi parte, adelante al respecto la tesis de que el contraste entre países industrializados y países no industrializados, que ha sido casi sinónimo de contraste entre centros y periferias durante un siglo y medio, ha dejado de ser el criterio de la nueva polarización. De cualquier forma, estamos todos convencidos de que la nueva estructura creada por el surgimiento de un sistema productivo mundializado obliga a volver —para desarrollarla— sobre la teoría del imperialismo. ¿Está un imperialismo difuso, que integra a las tres regiones centrales (los Estados Unidos, el Japón, Europa occidental y central) y en menor grado a las periferias industrializadas competitivas, sustituyendo a los viejos imperialismos, siempre en plural, y en conflicto tanto entre sí como con los pueblos de las periferias?

4) ¿Es nuestra época la de una crisis general, del capitalismo en sus centros y sus periferias diferenciadas, y desde luego del socialismo?

Nuestra respuesta general a esta pregunta es que sí. Pero por sí sola esta respuesta común no resuelve las interrogantes sobre la naturaleza de esta crisis, ni sobre la articulación con la manera en que se despliega en las diferentes esferas de la vida social y en los diferentes componentes regionales del sistema.

Tratándose de la crisis en las regiones del capitalismo central, todos coincidimos en que no se puede analizar si se permanece en el terreno exclusivo de lo económico. Pero en este terreno los acentos están colocados en aspectos diferentes de la crisis. Ninguno de nosotros la reduce a la «crisis del fordismo», como ocurre a veces en análisis occidentales que nos parecen por este hecho occidentalocéntricos, aunque todos aceptemos que esta crisis del fordismo es real y constituye sin duda una dimensión del problema. Por mi parte, al compartir con Sweezy y Magdoff la tesis de una tendencia a la sobreproducción inherente al sistema, analizo la crisis no como excepción, sino como regla que rige a la acumulación. Ponemos entonces nuestra atención particular en las dificultades que encuentra el sistema en sus intentos por superar dicha tendencia. El crecimiento desmesurado —sin precedente en la histo-

ria— de la superestructura financiera en el que insisten Sweezy y Magdoff le da a esta crisis un nuevo rostro.

Más allá de lo económico, la crisis es también una crisis de la política y de la geopolítica mundial, justamente por la existencia de la nueva dicotomía entre una base mundializada (el sistema productivo) y una superestructura que no lo está (el Estado nacional). En nuestros debates sobre estas cuestiones, las contribuciones de Gustave Messiah, Luciana Castellina y Kinhide Mushakoji han hecho énfasis en el desafío que la crisis de la política en Occidente representa para el porvenir democrático de las sociedades: ¿cómo asegurar en estas nuevas condiciones el eventual acceso de las fuerzas populares al poder? ¿Cómo opera aquí la contradicción entre las aspiraciones populares y las prácticas de gestión tecnocrática de la sociedad? ¿Se traducirá la reaparición de brotes nacionalistas —no sólo en las periferias tradicionales (el Tercer Mundo) y nuevas (los países del Este), sino en los centros mismos, en Europa— en una crisis (o varias crisis) de la geopolítica, en el rechazo a la hegemonía de Estados Unidos? ¿Se trata ahora de la construcción europea o, por el contrario, de su estallido? ¿Conquistará Alemania a Europa, o constituirá su América Latina en Europa del Este? Son otras tantas preguntas cuyas respuestas, difíciles de prever, regirán también, en forma muy amplia, la evolución del sistema económico.

5) ¿Cómo se articula la crisis del capitalismo con la del socialismo?

Ni las concepciones de los participantes en nuestros debates sobre la naturaleza del objetivo (común) del socialismo mundial, ni las que se refieren a otros conceptos fundamentales, políticos (la democracia) o culturales, pueden reducirse a un abecedario elemental que compartiríamos.

Con todo, más allá de nuestras discusiones en estos ámbitos, compartimos el punto de vista de que una fase de la historia está ahora clausurada: la fase de bipolaridad entre las dos superpotencias (1945-1990). Esta banalidad no cierra el *dossier*: lo abre. Para algunos de nosotros, el socialismo realmente existente, como se lo llamó, era una variante del socialismo, así fuera «deformado por la burocracia» o incluso peor. Para otros —entre los que me incluyo— era una forma ambigua e inconsciente de expresión de un proyecto nacional popular. La forma

estatista dominante —que amurallaba a la contradicción interna a estas sociedades, a través de la cual se confrontaban las tendencias capitalistas y las aspiraciones socialistas— se reveló a la postre ya no como un tercer componente estable, sino como confesión de la profunda inestabilidad del sistema. Las lecciones a extraer del hundimiento de este sistema quedarán sin duda alguna a la orden del día por mucho tiempo.

La dimensión del cambio aparejada con este hundimiento menos difícil de tomar en consideración es sin duda la que atañe a la geoestrategia: murió la alianza entre el Tercer Mundo nacionalista y el sistema soviético. Pero más allá de esto, ¿constituye la apertura del Este a la expansión capitalista mundial, paralela a la profundización de su expansión en el Sur, una manera de superar la crisis? La respuesta a esta pregunta entraña respuestas a las preguntas sobre el ajuste —más o menos factible— de las periferias a las exigencias de esta expansión.

6) En la nueva mundialización ¿se convierte el conflicto entre centros (Norte-Oeste) y periferias (Sur y ex Este) en el punto nodal de los problemas planteados por el porvenir del sistema?

Nuestra respuesta común a esta pregunta general es que sí. Pero aquí también, esta visión compartida no excluye diferencias significativas en la manera de extraer su sentido y significación. Por ende, las divergencias son bastante marcadas en cuanto a las maneras de enfrentar este desafío.

Tal parece que en dos puntos importantes estas divergencias no excluyen un sentimiento común, para la mayoría de nosotros al menos. El primer punto es que será difícil para el Norte administrar su dominación sobre el Sur. Una «nueva guerra de cien años» entre Norte y Sur, llevada a cabo por medio de la manipulación y el control de los «conflictos de baja intensidad». Parece perfilarse en el corto plazo inmediato, pero ha de conducir a explosiones más brutales. El segundo punto es que, aún en el marco general del capitalismo, la sujeción total e incondicional de los Estados y de las sociedades del Sur a la lógica de la mundialización no es la única alternativa. El discurso ideológico dominante se empeña en vender esta idea absurda, que he calificado como «síndrome TINA» (*There Is No Alternative!*) (no hay alternativa [*N. del T.*]).

